

Subsidios Orantes para los fieles



Viernes Santo

**Celebraciones del
Triduo pascual**

Diócesis de Colón - Kuna Yala

ÍNDICE

I. ORACIÓN DE LA MANAÑA LAUDES	3
II. ORACIÓN ANTE LA SANTA CRUZ	16
III. MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO	20

II. ORACIÓN DE LA MAÑANA LAUDES

Invocación inicial

V: Señor, abre mis labios.

R: Y mi boca proclamará tu alabanza.

Invitatorio

Ant. Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Salmo 94

Venid, aclamemos al Señor,
demos vítores a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos.

Porque el Señor es un Dios grande,
soberano de todos los dioses:
tiene en su mano las simas de la tierra,
son suyas las cumbres de los montes;
suyo es el mar, porque él lo hizo,
la tierra firme que modelaron sus manos.

Venid, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.

Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía.

Ojalá escuchéis hoy su voz:
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y dudaron de mí, aunque habían visto mis obras.

Durante cuarenta años
aquella generación me repugnó, y dije:
Es un pueblo de corazón extraviado,
que no reconoce mi camino;
por eso he jurado en mi cólera
que no entrarán en mi descanso»

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Himno

Brazos rígidos y yertos,
por dos garfios traspasados,
que aquí estáis, por mis pecados,
para recibirme abiertos,
para esperarme clavados.

Cuerpo llagado de amores,
yo te adoro y yo te sigo;
yo, Señor de los señores,
quiero partir tus dolores
subiendo a la cruz contigo.

Quiero en la vida seguirte
y por sus caminos irte
alabando y bendiciendo,
y bendecirte sufriendo
y muriendo bendecirte.

Que no ame la poquedad
de cosas que van y vienen;
que adore la austeridad
de estos sentires que tienen
sabores de eternidad;

que sienta una dulce herida
de ansia de amor desmedida;

que ame tu ciencia y tu luz;
que vaya, en fin, por la vida
como tú estás en la cruz:

de sangre los pies cubiertos,
llagadas de amor las manos,
los ojos al mundo muertos
y los dos brazos abiertos
para todos mis hermanos. Amén.

Salmodia

Ant. 1. Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros.

Salmo 50

Misericordia, Dios mío por tu bondad;
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio brillará tu rectitud.
Mira, que en la culpa nací,

pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

¡Oh Dios!, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre ¡oh Dios,
Dios, Salvador mío!,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen;
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado:
un corazón quebrantado y humillado
tú no lo desprecias.
Señor, por tu bondad, favorece a Sión
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

Ant. Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros.

Ant. 2. Jesucristo nos ama y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre.

Cántico: Ha 3,2-4.13^a,15-19

¡Señor, he oído tu fama,
me ha impresionado tu obra!
En medio de los años, realízala;
en medio de los años manifiéstala;
en el terremoto acuérdate de la misericordia.

El Señor viene de Temán;
el Santo, del monte Farán:
su resplandor eclipsa el cielo,
la tierra se llena de su alabanza;

su brillo es como el día,
su mano destella velando su poder.

Sales a salvar a tu pueblo,
a salvar a tu ungido;
pisas el mar con tus caballos,
revolviendo las aguas del océano.

Lo escuché y temblaron mis entrañas,
al oírlo se estremecieron mis labios;
me entró un escalofrío por los huesos,
vacilaban mis piernas al andar.
Tranquilo espero el día de la angustia
que sobreviene al pueblo que nos oprime.

Aunque la higuera no echa yemas,
las viñas no tienen frutos,
aunque el olivo olvida su aceituna
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas del redil
y no quedan vacas en el establo,
yo exultaré con el Señor,
me gloriaré en Dios mi Salvador.

El Señor soberano es mi fuerza,
él me da piernas de gacela
y me hace caminar por las alturas.

Ant. Jesucristo nos ama y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre.

Ant. 3. Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

Salmo 147

Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios Sión:
que ha reforzado los cerrojos de tus puertas
y ha bendecido a tus hijos dentro de Ti;
ha puesto paz en tus fronteras,
té sacia con flor de harina.

Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;
manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza;

hace caer el hielo como migajas
y con el frío congela las aguas;
envía una orden y se derriten;
sopla su aliento, y corren.

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,

ni les dio a conocer sus mandatos.

Ant. Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

Lectura Breve

(Is 52,13-15)

Mirad: mi siervo tendrá éxito, será enaltecido y ensalzado sobremanera. Y, así como muchos se horrorizaron de él, pues tan desfigurado estaba que ya ni parecía hombre, no tenía ni aspecto humano, así también muchos pueblos se admirarán de él y, a su vista, los reyes enmudecerán de asombro porque verán algo jamás narrado y contemplarán algo inaudito.

En lugar del responsorio breve se dice la siguiente antífona:

Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Cántico Evangélico

Ant. Fijaron encima de su cabeza un letrero indicando el motivo de su condenación: «Este es Jesús, el rey de los judíos.»

Cántico de Zacarías: Lc 1,68-79

El Mesías y su precursor

Bendito sea el Señor, Dios de Israel
porque ha visitado y redimido a su pueblo
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo;
según lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian;
ha realizado así la misericordia
que tuvo con nuestros padres
recordando su santa alianza
y el juramento que juró
a nuestro padre Abraham.

Para concedernos que, libres de temor,
arrancados de la mano de los enemigos,
le sirvamos con santidad y justicia
en su presencia todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor
a preparar sus caminos,
anunciando a su pueblo la salvación,
el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios
nos visitará el sol que nace de lo alto,
para iluminar a los que viven en tinieblas
y en sombra de muerte,
para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Fijaron encima de su cabeza un letrero indicando
el motivo de su condenación: «Este es Jesús, el rey de
los judíos.»

Peticiones

**Adoremos a nuestro Redentor, que por nosotros y por
todos los hombres quiso morir y ser sepultado para
resucitar de entre los muertos y supliquémosle,
diciendo:**

R/. Señor, ten piedad de nosotros.

Señor y Maestro nuestro, que por nosotros te sometiste
incluso a la muerte,

– enséñanos a someternos siempre a la voluntad del Padre.

R/. Señor, ten piedad de nosotros.

Tú que siendo nuestra vida quisiste morir en la cruz para destruir la muerte y todo su poder,
–haz que contigo sepamos morir también al pecado y resucitemos contigo a vida nueva.

R/. Señor, ten piedad de nosotros.

Rey nuestro, que como un gusano fuiste el desprecio del pueblo y la vergüenza de la gente,
–haz que tu Iglesia no se acobarde ante la humillación, sino que como tú proclame en toda circunstancia el honor del Padre.

R/. Señor, ten piedad de nosotros.

Salvador de todos los hombres, que diste tu vida por los hermanos,
–enséñanos a amarlos mutuamente con un amor semejante al tuyo.

R/. Señor, ten piedad de nosotros.

Tú que al ser elevado en la cruz atrajiste hacia ti a todos los hombres,
–reúne en tu reino a todos los hijos de Dios dispersos por el mundo.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

Porque la muerte de Cristo nos ha hecho agradables a Dios, nos atrevemos a orar al Padre, diciendo: *Padre nuestro...*

Oración

Mira, Señor, con bondad a tu familia santa, por la cual Jesucristo nuestro Señor aceptó el tormento de la cruz, entregándose a sus propios enemigos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo. Amén.

Conclusión

V: El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

R: Amén.

II. ORACIÓN ANTE LA SANTA CRUZ

Papa Francisco, Viernes Santo - 30 de marzo de 2018.

Señor Jesús, nuestra mirada está dirigida a ti, llena de vergüenza, de arrepentimiento y de esperanza. Que ante tu amor supremo nos impregna la vergüenza para haberte dejado solo y sufrir por nuestros pecados:

- la vergüenza por haber escapado ante la prueba incluso habiendo dicho miles de veces: «aunque todos te dejen, yo no te dejaré»;
- la vergüenza de haber elegido a Barrabás y no a ti, el poder y no a ti, la apariencia y no a ti, el dios dinero y no a ti, la mundanidad y no la eternidad;
- la vergüenza por haberte tentado con la boca y con el corazón, cada vez que nos hemos encontrado ante una prueba, diciéndote: «¡si tú eres el Mesías, sálvate y nosotros creeremos!»;
- la vergüenza porque muchas personas, e incluso algunos ministros tuyos, se han dejado engañar por la ambición y de la vana gloria perdiendo su dignidad y su primer amor;
- la vergüenza porque nuestras generaciones están dejando a los jóvenes un mundo fracturado por las divisiones y las guerras; un mundo devorado por el

egoísmo donde los jóvenes, los pequeños, los enfermos, los ancianos son marginados;

- la vergüenza de haber perdido la vergüenza;

Señor Jesús, ¡danos siempre la gracia de la santa vergüenza!

Nuestra mirada está llena también de un arrepentimiento que ante su silencio elocuente suplica tu misericordia:

- el arrepentimiento que brota de la certeza de que solo tú puedes salvarnos del mal, solo tú puedes sanarnos de nuestra lepra de odio, de egoísmo, de soberbia, de codicia, de venganza, de avaricia, de idolatría, solo tú puedes abrazarnos y darnos de nuevo la dignidad filial y alegrarnos por nuestra vuelta a casa, a la vida;
- el arrepentimiento que florece del sentir nuestra pequeñez, nuestro nada, nuestra vanidad y que se deja acariciar por tu invitación suave y poderosa a la conversión;
- el arrepentimiento de David que del abismo de su miseria reencuentra en ti su única fuerza;
- el arrepentimiento que nace de nuestra vergüenza, que nace de la certeza de que nuestro corazón permanecerá siempre inquieto hasta que no te encuentre a ti y en ti su única fuente de plenitud y de quietud;
- el arrepentimiento de Pedro que encontrando tu mirada lloró amargamente por haberte negado delante de los hombres.

Señor Jesús, ¡danos siempre la gracia del santo arrepentimiento!

Delante de tu suprema majestad se enciende, en la tenebrosidad de nuestra desesperación, la chispa de la esperanza porque sabemos que tu única medida para amarnos es la de amarnos sin medida;

- la esperanza porque tu mensaje continúa inspirando, todavía hoy, a muchas personas y pueblos a los que solo el bien puede derrotar el mal y la maldad, solo el perdón puede derrumbar el rencor y la venganza, solo el abrazo fraterno puede dispersar la hostilidad y el miedo al otro;
- la esperanza porque tu sacrificio continúe, todavía hoy, emanando el perfume del amor divino que acaricia los corazones de tantos jóvenes que continúan consagrándote sus vidas convirtiéndose en ejemplos vivos de caridad y de gratuidad en este nuestro mundo devorado por la lógica del beneficio y de la fácil ganancia;
- la esperanza porque tantos misioneros y misioneras continúan, todavía hoy, desafiando la adormecida conciencia de la humanidad arriesgando la vida para servirte en los pobres, en los descartados, en los inmigrantes, en los invisibles, en los explotados, en los hambrientos y en los presos;
- la esperanza porque tu Iglesia, santa y hecha de pecadores, continúa, todavía hoy, no obstante todos los

intentos de desacreditarla, siendo un luz que ilumina, alienta, levanta y testimonia tu amor ilimitado por la humanidad, un modelo de altruismo, un arca de salvación y una fuente de certeza y de verdad;

- la esperanza porque de tu cruz, fruto de la avaricia y la cobardía de tantos doctores de la Ley e hipócritas, ha surgido la Resurrección transformando las tinieblas de la tumba en el brillo del alba del Domingo sin puesta de sol, enseñándonos que tu amor es nuestra esperanza.

¡Señor Jesús, danos siempre la gracia de la santa esperanza!

Ayúdanos, Hijo del hombre, a despojarnos de la arrogancia del ladrón puesto a tu izquierda y de los miopes y de los corruptos, que han visto en ti una oportunidad para explotar, un condenado para criticar, un derrotado del que burlarse, otra ocasión para cargar sobre otros, e incluso sobre Dios, las propias culpas.

Sin embargo te pido, Hijo de Dios, que nos identifiquemos con el ladrón bueno que te ha mirado con ojos llenos de vergüenza, de arrepentimiento y de esperanza; que, con los ojos de la fe, ha visto en tu aparente derrota la divina victoria y así se ha arrodillado delante de tu misericordia y con honestidad ha robado el paraíso! ¡Amén!

II. MEDITACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

Palabras del Santo Padre Francisco durante el momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia, 27 de marzo de 2020.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. *Is 42,3*), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.